

# José Kowalski

Beatificado el 12 de junio de 1999



## Diecinueve cartas entre alambradas

En el campo de Oswiecim, el coronel Fritsch ha definido a los sacerdotes como "seres inútiles y parásitos de la sociedad". Los ha reunido en un bloque especial, el número 17. Les confía los trabajos más inhumanos. Han de empujar, corriendo, cargas muy pesadas de cantos rodados, cortar árboles, desplazar troncos por terrenos accidentados.

Un testigo cuenta: "En aquel ambiente deshumanizante, el P. José logró conservar su dignidad humana y hacer florecer el reino de Dios". Se conservan como una reliquia las 19 cartas que escribió entre alambradas. Se trata de cartas que debían pasar la censura y por ello necesariamente optimistas. Pero se puede leer entre líneas la gran fuerza de espíritu de aquel sacerdote. El 12 de febrero de 1942 escribe: "Siento la fuerza de Dios a cada paso. Allí donde me encuentro, pase lo que pase, estoy en manos de la Providencia que vela sobre los pueblos y sobre cada hombre".

## Alguna cosa en la mano

2 de junio de 1942. Ha llegado una orden del alto mando de los campos de concentración. Sesenta sacerdotes deben abandonar Oswiecim y trasladarse a Dachau. Es otro campo de exterminio donde hay amontonados, tres mil sacerdotes. El P. José Kowalski está entre los seleccionados para el viaje. Los sesenta sacerdotes han sido apretujados en un baño para la desinfección antes de partir. Lo que allí sucede lo ha contado, bajo juramento, el P. Conrado Szweda: "Estábamos juntos en el baño a la espera del turno para la desinfección. Entra Palitsch el más despiadado carnicero de Oswiecim. Se da cuenta de que el P. Kowalski tiene algo en la mano: ¿Qué tienes ahí? – le pregunta de mala manera. Y sin esperar respuesta le sacude la mano con la fusta, cayéndole al suelo un rosario. Aplátalo – le grita. El P. Kowalski permanece inmóvil.

Al instante lo separan del grupo y lo llevan a la compañía de disciplina. Ya no partirá jamás a Dachau. Lo torturarán y morirá en Oswiecim. La crueldad de la compañía de disciplina es francamente feroz. Se paga por todo y a un precio altísimo. El más mínimo retraso o inadvertencia se castiga con la fusta, a puñetazos o a puntapiés.

11 de junio. Algunos prisioneros intentan fugarse y fracasan. El castigo de los fugitivos no basta. Trescientos prisioneros son llevados, como lección, al crematorio. Entre ellos el P. José Kowalski. Le atan las manos con alambre de espinas. Pero aún no ha llegado su hora. Sin motivo aparente, lo separan de los condenados a muerte, con otros

diez, y lo destinan a trabajos forzados.

## La oración de los desesperados

Los "forzados" forman una compañía de desesperados. No hay esperanza para ellos y hasta los torturadores los tratan como cosas. El profesor José Kret, testigo de aquellos días de crueldad, cuenta: "Exhaustos por el hambre, por el trabajo y las torturas, los prisioneros morían uno tras otro. Sipp, el jefe del campo se puso un día a burlarse del P. José y, señalándole a sus compañeros de sufrimiento, dijo: "¡Las almas se te escapan, cura! Y sin tu pasaporte no serán aceptadas allá arriba. Súbete a esas pipas y da tu última bendición a las ovejitas como viático para el cielo". Había en aquel lugar del campo una pipa estropeada. EL P. José tomó aquellas palabras en serio. Subió, se puso de rodillas y, hecha la señal de la cruz, inició el Padre Nuestro con voz fuerte y serena. Alguno de sus compañeros lo miró atónito y se unió a la oración.

Después el P. José murmuró: "Y ahora roguemos por los agonizantes y perseguidos". Y entonó la Salve Regina. La sirena del mediodía interrumpió la plegaria.

4 julio 1942. El profesor Segismundo Kolankowski cuenta: "Cada día, los jefes del campo escogían algunos prisioneros de la compañía de disciplina. Los torturaban y los mataban, después, en el patio. Después del recuento de la tarde, los prisioneros ya estaban extendidos en sus lechos de paja. El Kapo Mitas gritó de improviso: "Que salga el P. José Kowalski". Al pasar por mi lado, me dio su pedazo de pan susurrando: "Tómalo, Segismundo, que yo ya no lo necesitaré". No lo volví a ver. Después de torturarlo, como aún estaba vivo, lo echaron en una cloaca y lo ahogaron. Tenía 31 años.

